

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*El Azabache*, por D.^a Angela Grassi.—*Ecos de Primavera* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Cruz del Olivar* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*La Virgen del Amparo* (poesía), por D. Luciano García del Real.—*Un concierto al amanecer*, por D.^a Micaela de Silva.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 846, bis.—*Grabado de Modas*, núm. 8.

REVISTA DE MODAS.



A lluvia y la cuaresma son enemigos capitales de la Moda, y contra su influencia tenemos que luchar al empezar la presente revista. El mes de Marzo no ha sido este año espresion fiel de la primavera, haciéndonos por el contrario, recordar con sus continuadas lluvias todo el desencanto del invierno: los paseos, pues, se han visto desanimados, y apenas nuestras elegantes han podido lucir en algun instante de dudoso buen tiempo, sus ricos atavíos en las alamedas del Retiro y la Fuente Castellana.

La época del año en que nos hallamos contribuye tambien á alejar la animacion de los paseos, y la Moda, siempre previsora, aconseja para este período vestidos de cierta severidad, que sin prescindir de su elegancia y buen tono, permitan á la mujer distinguida presentarse en el paseo, hacer una visita de confianza y asistir al templo.

Para combinar tan contrarias exigencias, debe adoptarse el traje de *poult de soie* ó de poplin de seda negro, habana, oscuro, ó pensamiento. La forma de los trajes es la ya conocida, muy nesgada, con talle estremadamente corto, y manga justa, siendo ya cosa definitivamente acordada que el raso entre por mucho en los adornos del traje de primavera. En unos se disponen bieses en las costuras del cuerpo y falda; en otros se decora con ellos el cuerpo y sobrefalda *peplum*, y en otros, en fin, de mas pretensiones, los anchos bieses de raso, casi siempre de un tono mas ó menos fuerte que el color del traje, pero en la misma escala, se cubren con ricos entredoses de encaje blanco ó negro.

El gusto de las telas de primavera es el chiné decididamente. En este género han venido á nuestros almacenes de Modas de la calle de Espoz y Mina lindos glasés de dos onos, combinados en jaspeado chiné, y telas de lana sobre

fondos claros con dibujos semejantes, de una novedad y frescura primaveral. Alguno de estos trajes se ha visto ya en los conciertos del Príncipe Alfonso, verdadero templo del arte, de la hermosura y de la elegancia, cuando el reputado maestro Barbieri se decidió á abrir sus puertas, alternando con estos trajes de verdadera novedad, otros de grós y raso, malva, verde-luz, y gris plata, que hablaban muy alto en favor de las aristocráticas damas que los vestían.

Dejando ya á un lado los trajes de calle para ocuparnos de los de salon, consignaremos alguna de las últimas novedades, por mas que ya en esta época los trajes de soirée vivan de las reminiscencias del invierno: las faldas lisas terminadas por un volante estrecho y fruncido, van ganando terreno sobre las faldas bullonadas que parecían el último decreto de la Moda. Ejecútanse los de gran soirée en raso ó moiré, adornados de bieses de raso de otro color, sembrados de cristal diamantino, verde ó ambar. Este último es el que goza por el momento de mas favor, y de él se hacen entredoses, flecos y collares de gran distincion y coquetería.

Una novedad que apenas se presenta en lontananza y ya subyuga los ánimos, produciendo viva sensacion, es el *peplum* de cuentas de cristal, azabache ó ambar. ¡No puede nadie formarse idea, sin haberla visto, de esta prenda que cubre parte del traje, evitando ella sola todos los accesorios de adornos y joyas! Es un pequeño corpiño, unido en el hombro por tirantes y con larga aldeta *peplum* sobre la falda, todo hecho de enrejado con las cuentas citadas, y terminado al pié con fleco de las mismas: colocado sobre traje alto ó escotado, como se quiera, es de un efecto encantador, y en salones donde la luz se esparce con profusion, con sus mil cambiantes y reflejos, asemeja una cascada de brillan-



tes, ó una pequeña cota de rica pedrería. Es uno de los mas bellos caprichos de la Moda, y aumenta su valor el que su coste apenas puede compararse con los juegos de encajes ó flores que tienen que acompañar á un traje rico de sociedad!

Para las infinitas reuniones de confianza que en cuarema vienen á reemplazar á las grandes recepciones, se recomienda siempre el cuerpo de muselina blanco de tan encantadora sencillez. Aun mas adoptado que éste, propio solo para jovencitas, se encuentra el cuerpo de tul ó guipure negro, que colocado sobre traje escotado de seda claro ó negro, y sujeto por el cinturón, constituye un atavío lleno de distinguida severidad.

Los abrigos de primavera empiezan ya á ostentarse sin la menor vaguedad en su forma y adornos, pudiendo asegurarse que serán todos de forma holgada, cortos, redondos ó con picos, y simulando estola con los adornos. Estos paletots podrán ser de tela igual al vestido, ó de cachemir ó *poult de soie* negro. Como esta prenda es la mas útil por el momento, recomendaremos dos modelos elegidos entre las últimas creaciones.

1.º *Princesa*.—Paletot recto, corto y redondo, adornado de bieses de la misma tela, orillados de terciopelo, y sujetos de trecho en trecho por ramos de aplicación de terciopelo: igual adorno figura capucha, descendiendo de ella grandes caídas con ramos en las puntas.

2.º *Parisien*.—De igual forma y tela que el anterior, pero abierto en el centro de la espalda y los costados, orillado de rico agremán y fleco de azabache: las aberturas de los costados van ocupadas por una pieza postiza mas lar-

ga y con igual adorno colocado en forma de limosnera.

Para concluir, digamos cuatro palabras sobre los sombreros, que si hubiera de consagrarse una extensión relativa á su tamaño, ni aun tantas necesitarían. ¡Con verdadera violencia, seguimos á la Moda en este capricho, que tiene sus puntas de extravagancia! Si los sombreros han de ir reduciendo sus límites á medida que el peinado aumenta los suyos, llegará un día en que un lazo, una escarapela, una flor, constituyan el sombrero.

Entre las últimas creaciones se cuenta el sombrero *diadema* sin fondo, y cuya ala, muy acentuada del centro y las mejillas, es bullonada de crespon y orillada de flecos ó bolas de cristal. Otros llamados *andaluces* se componen de bullonados de tul, separados por agremanes de paja, al que acompaña un velete salpicado de cuentas de cristal, que se deja flotar por la espalda. El sombrero *Marquesa* es de tul blanco bullonado con tres órdenes de fleco de cristal por delante, sobre el ala, que apoya en la cabeza sin bandó alguno, y lleva á la izquierda un ramo de camelias con follaje escarchado. Por fin, el sombrero *jardinera* es de paja con ala y copa rodeada de flores silvestres. Las novedades en materia de sombreros, pueden resumirse en estas cuatro reglas: copa alta con ala diadema; perlas de cristal en flecos ó barbas; paja combinada con el tul, y cintas estrechas hasta para las bridas! Las hermosas cintas anchas que antes eran el mas bello ornamento del sombrero, serían un contrasentido en los actuales de tan pequeño tamaño, y por el momento quedan relegadas á los cinturones flotantes, según último acuerdo de la Moda.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL AZABACHE.

El estudio de la mineralogía, mas que otro alguno, es el que revela al hombre pensador la grandeza del Omnipotente, que encierra preciadas maravillas en un grano de arena, en un átomo de polvo. Asombroso es, sin duda alguna, contemplar la prodigiosa variedad de las plantas y las flores, su germinación extraña, su extraño desarrollo; asombroso es ver los aires poblados de aves peregrinas, de peces diversos los abismos de los mares, la tierra de cuadrúpedos, de insectos, de reptiles, y los espacios de soles y luceros; pero la misma belleza de estos objetos, la misma frecuencia con que los contemplan nuestros ojos, disminuyen la sorpresa que pudieran causar á primera vista, y hacer que se connaturalice con ellos nuestro espíritu.

Aceptamos el fenómeno que se produce en nuestra presencia sin ya casi examinarlo, sin pensar en el misterio su-

blime que lo envuelve, cegados por su esplendor, deslumbrados por su hermosura.

La mineralogía por el contrario, tiene sus talleres en las tenebrosas concavidades de la tierra, es en sus profundos antros en donde se operan los prodigios que apenas puede concebir la fantasía. Son su santuario las cavernas lóbregas, los abismos insondables, en donde no penetra el hombre sino salvando grandes peligros, luchando con el aire mefítico, y viviendo en una noche eterna.

Los tesoros de la mineralogía no son bellos como las flores de los prados, ni resplandecientes como las estrellas del cielo. Salen envueltos en el tosco barro, y hasta las piedras preciosas y los metales necesitan el cincel del artista para ostentar sus colores ó su brillo esplendoroso.

¡Pero se pasma la mente al considerar el titánico poder de la naturaleza, y los sorprendentes trabajos que lleva á cabo en sus impenetrables asilos! Sus trabajos parecen mas rudos, porque se ejecutan sobre seres que carecen de vida, sentimiento y aun de movimiento. Y sin embargo, estos seres

se buscan, se atraen, se repelen ó se enlazan, formando mil combinaciones ingeniosas é infinitas.

La naturaleza parece dotada de una inteligencia creadora, que llega mucho mas allá de lo que han llegado nuestras artes. Su movimiento, ayudado de la eternidad del tiempo, produce, arrastra y prepara las moléculas que deben concurrir á la formacion de sus grandes obras, y para esto no necesita de instrumentos ni de manos dirigidas por el humano raciocinio; todo se obra, porque á fuerza de tiempo todo se encuentra, y en la inmensa estension de los espacios, y en la continua sucesion del movimiento, todas las materias se hallan conmovidas, dadas todas las formas, impresas todas las figuras. De este modo, el grano de arena se trueca en piedra, en peñasco, en montaña: de este modo, el pólo de los mares se convierte en isla floreciente.

La mineralogia es un caos en donde se abisma el humano entendimiento, que contempla absorto las aguas, las tierras, las piedras, las sales, los betunes, los metales y los fósiles, sin acertar á comprender su origen. Las aguas, con sus estraños fenómenos de lluvia, nieve, granizo, escarcha y rocío; las tierras con su diversidad prodigiosa; las piedras que empiezan por el tosco guijarro y acaban por el diamante; los záfiro, las esmeraldas, cuyos colores son tan bellos como los del arco iris de los cielos; las sales, tan útiles á la medicina y á la química; los betunes, entre los cuales el carbon de piedra ha facilitado á la moderna industria el poder obrar sus portentos; los semi-metales y los metales, desde el mortífero arsénico, que envenena el cuerpo, hasta el brillante oro que envenena y corrompe el alma; y por último, los fósiles, con sus petrificaciones maravillosas, de árboles, de cuadrúpedos, de conchas y de insectos, son otros tantos enigmas que solo puede descifrar el que los ha creado, y que obligan al hombre á humillarse, á reconocer su impotencia, y á adorar de rodillas al árbitro Supremo.

Estas reflexiones han acudido en tropel á mi mente al contemplar el azabache, que hoy se usa con tanta profusion en nuestros adornos. Trajes, tocados, abrigos, mangas y cuellos, todo está formado, ó guarnecido de azabaches, y en verdad que no se puede hallar un adorno mas sério y mas gracioso.

El azabache es un betun que se clasifica entre los sólidos como el succino, llamado comunmente ámbar amarillo; pero el primero se diferencia del segundo en ser opaco, y por lo regular muy negro. Sin embargo, su naturaleza y propiedades son las mismas, y ambos son eléctricos y

se inflaman fácilmente. También tienen la propiedad de atraer los pequeños cuerpos.

El azabache es susceptible de un hermoso pulimento, y el artífice puede imprimirle sin dificultad ninguna, las formas mas caprichosas y atrevidas.

Este betun no se halla en capas, sino en masas ó pedazos de varios tamaños en la tierra, é inmediato á las sustancias que tienen una testura ligneosa. En España es muy abundante, y se encuentra por todas partes.

Por lo demás, su uso, como el de cuantas producciones nos ofrece la tierra, está sujeto al capricho de la moda.

En otro tiempo se hacian con él brazaletes y pendientes, y las damas mas principales se complacian en adornarse con ellos. Despues perdió completamente su prestigio, y desterrado á las aldeas, servia allí para fabricar dijes á los niños, ó cuando mas aderezos de luto para las mujeres de la clase infima.

Hoy la moda ha vuelto á entronizarlo, y la moda por esta vez se ha mostrado muy sensata. De un negro hermoso, de un brillo suave, armoniza perfectamente con todos los colores; no desdice de ningun tejido; realza á la humilde lana, y enriquece el raso y terciopelo. La prodigalidad con que nos lo regala la naturaleza le pone al alcance de todas las fortunas, y bien pudiera llamársele el emblema de la virtud modesta; así como las piedras preciosas son el emblema de la vanidad descocada y fastuosa.

El empleo que hacen las damas del azabache es parecido al que hacen de las flores, porque como ellas crece en abundancia, se coje sin trabajo, y se pulimenta sin esfuerzo. Una flor en el cabello y un traje guarnecido de azabaches, siempre revelarán la sencillez, la modestia y el buen gusto de la persona que lo lleva.

A vosotras os lo recomiendo, jóvenes amables, que tan poco necesitais para que resalten vuestras gracias; y á vosotras tambien, graves matronas, porque os servirá de adorno, sin formar un desagradable contraste con vuestras arrugas nacientes y las hebras de plata que empiezan á surcar vuestros cabellos.

¡Pero al usarlo pensad en el Hacedor divino, que nos ha rodeado de tantas y tan diversas maravillas, para que podamos multiplicar nuestros inocentes placeres, y acostumbrarnos á admirarle y á bendecirle en cada una de sus obras!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

ECOS DE PRIMAVERA.

A tí.

Ya viene, niña,
La primavera,
Ya el sol es claro,
La luz es bella,

El aire es puro,
Y en nuestra tierra
Embalsama la brisa el perfume
De las violetas.

Pronto, muy pronto,
Niña hechicera,
Contigo á solas
Libre de penas,

Entre esas flores
Que el Bétis riega,
Serás tú de gentil mariposa
La carcelera.

—
Los ruiseñores
De nuestras huertas;
Los arroyuelos
De nuestra sierra;
Los azahares
Que ya blanquean,
Para darte guirnalda y aromas
Dios los despierta.

—
Cuánto te quiero,
Sol de mi tierra;
Niña del alma,
Blanca azucena,
Bien de mi vida,
Flor cordobesa,
Huerfanita de aquellas montañas,
Bendita seas!

—
Díme, amor mío,
Lo que tú piensas;
Díme si lloras,
Díme si sueñas,
Díme si el aire
Blando te lleva
Los dolientes suspiros del alma
De tu poeta.

—
Del Manzanares
La triste vega,
No tiene flores
Como las nuestras;
Pero mi alma,
Niña hechicera,
Todas, todas las flores que guarda
Te las conserva.

—
Bétis querido,
Tú que reflejas
De mis amores
Las flores bellas,
Díle á mi niña
Cuando la veas,
Que sin ella... y tan lejos, tan lejos
Muero por ella.

—
Cuanto te quiero,
Sol de mi tierra;
Niña del alma,
Blanca azucena,
Bien de mi vida,
Flor cordobesa,
Huerfanita de aquellas montañas,
Bendita seas.

A. F. GRILO.

LA CRUZ DEL OLIVAR.

(CONTINUACION.)

III.

Amor y celos.

Lo mismo estaba la modesta casita del guarda que doce años antes, cuando por primera vez hicimos penetrar en ella al lector. Quizá la precipitación de aquella noche en que referimos un suceso grave, nos impidió describirla convenientemente con todos sus detalles, lo que siempre es útil, porque agrada conocer el teatro de los acontecimientos que nos impresionan, y la imaginación, con poca ayuda, se le imagina tal cual es.

Figuráos, mis buenas amigas (yo creo que lo son mías todas mis lectoras), que Mauricio era pobre; ganaba solamente un jornal de ocho reales y la casa, eso sí, que el Duque del Infantado le cedía gratuitamente. Componíase, por lo tanto, su morada, de cocina, una sala con alcoba, y su corral. En la primera pieza estaba la puerta de entrada, y el mueblaje de ella se reducía á seis taburetes de pino, una mesa pequeña de lo mismo, y dos escaños, de madera también, que se hallaban colocados en ambos lados del anchuroso hogar, donde por comodidad ó por costumbre ardía constantemente un gran montón de paja. La leña solo se usaba en determinadas ocasiones. La chimenea tenía una campana inmensa que llegaba á la mitad de la pieza, teniendo encima una especie de cornisa que servía para colocar en ella los pucheros y demás chismes de cocina.

Una cosa me queda que citar, la cantarera que, situada en un extremo, tenía cuatro cántaros de agua, cubiertos con blanquitos paños. Era sorprendente la limpieza que reinaba en esta casa. Macrina era una mujer muy hacendosa y muy honrada; notábase en todo el sello de su actividad y admirable aseo.

La cocina tenía una ventana, que estaba cubierta por fuera con las ramas de la parra y con las de una enredadera de campanillitas blancas y azules, que María había sembrado y tenía un especial cuidado en conservar.

La puerta que daba paso á la sala estaba cubierta con una cortina de percal blanco con floreado azul.

Macrina hacía calcetas de grueso estambre para su marido, y María cosía una camisa. Las dos mujeres, aprovechando los últimos rayos del crepúsculo vespertino, se habían sentado cerca de la puerta en un taburete de madera, que tenían el asiento hecho por un cruzado de sogas de esparto.

Al ver la espléndida hermosura de María encerrada en tan pobre estancia, no podía menos de sentirse una profunda admiración. Su rostro de ángel, y la expresión noble y pura de su fisonomía, demostraban que no podía pertenecer á tan humilde clase; sin embargo, era tal su carácter, que no se hallaba descontenta de pertenecer á la familia del guarda.

Los quería mucho, los creía sus padres, y por nada del mundo los hubiera dejado.



—¿Qué tienes, hija? parece que estás triste; la dijo Macrina, viéndola quedarse pensativa, con la vista fija en el extremo del olivar.

—No es nada, madre; recuerdo aquella lucida tropa de caballeros que vimos la otra tarde; respondió ingenuamente la joven.

La inocente niña no sabía ocultar sus impresiones, y dejaba que leyese en su alma. A Macrina, que era mujer de algun despejo, no se le escapó la causa de la distracción y de la palidez de la joven.

—Y en verdad que el señor Marqués es un guapo mozo, dijo; ¡y qué campechano! por su gusto se hubiera puesto á bailar.

—¡Ya lo creo! contestó maquinalmente María, volviendo á quedarse meditabunda.

La tarde iba declinando, y los últimos rayos del sol poniente iluminaban apenas las altas crestas de los montes circunvecinos.

De repente apareció en el recodo, que formaba el camino detrás del olivar, un caballero montado en un soberbio alazan.

El corazón de María dió un salto dentro del pecho; la joven, que tenía la vista fija en aquel sitio, fué la primera en distinguirlo y reconocerle.

—Hé allí el Marqués, dijo con un tono natural, como si tal acontecimiento no fuera una cosa impensada, sino un acuerdo tácito ya preparado de antemano. Ella le esperaba, sin poder darse cuenta del por qué tenía aquella convicción.

—Ojalá se enamore de tí, hija mía, dijo la vieja; así tendremos el pan seguro en nuestra vejez.

—¡Madre!... exclamó la joven con severidad; eso es un sueño, yo no consentiría nunca.

—¡Valiente tonta!... Así rabiaria la tía Chiripa y todas las envidiosonas del pueblo, que se desesperan porque no son tan hermosas como tú.

—Pero yo tengo mi orgullo en que ninguna me aventaje en honradez; y á la verdad que hasta hoy, en buena hora lo diga, nadie ha tenido que decir de mí.

—Por eso te debe querer el señor Marqués, porque eres tan honesta como hermosa y buena.

En esto el Marqués se había ido aproximando. Llegó á la puerta de la casa donde estaban las dos mujeres, y fijando en la joven una mirada llena de interés y de simpatía, dijo con acento familiar:

—Muy buenas tardes, señoras, ¿cómo ha ido por aquí desde el otro día?

—Muy bien, señor Marqués, contestó la vieja medio aturdida.

—Y la hermosa María, ¿no me dice nada?

—Señor Marqués, exclamó la joven ruborizándose y bajando los ojos; ¡dispénsenos Vd. si al hablarle decimos alguna tontería, ó faltamos al respeto que se debe á tan alto caballero! Pero nosotras, pobres aldeanas, criadas aquí en el campo entre las zarzas, no sabemos espresarnos en el lenguaje conveniente; por eso llamamos muchas veces.

—Precisamente yo quiero que Vds. se olviden de mi título y de mis honores; en el campo soy un campesino; en la corte seré un cortesano; con que franqueza, y á ver si

tienen por ahí alguna cosa que yo pueda tomar, porque estoy muerto de necesidad; salí esta mañana de casa con mis amigos y me he perdido en el monte; de manera que ando todo el día saltando valles y atravesando barrancos sin poderlos encontrar, y lo que es peor, sin comer desde que los perdí de vista.

—¡Válgame Dios!... Este sí que es apuro, exclamó la anciana, oyéndole y viendo que sin ceremonia echaba pié á tierra, y atando el caballo á los barrotes de la ventana se sentaba en el poyo de la puerta.

—Como no quiera Vd. un trozo de liebre; esta es la cena que tenemos dispuesta, y no podemos ofrecerle otra cosa, dijo María; á no ser un vaso de leche, eso sí, tenemos dos cabras muy hermosas.

—Esto último lo acepto con gusto, dijo el Marqués.

María miró á su madre; ésta se levantó, y tomando una jarrita se fué á buscar la leche, entre tanto el joven, aprovechando aquel momento de oportunidad, quiso cojer una mano á la niña, que ella retiró precipitadamente.

—¡María, no he podido olvidar á Vd. un solo momento!... la dijo.

—¡Caballero!... sepa Vd. que soy una joven honrada, y le suplico que no venga á turbar mi paz, ni á mancillar las canas de mi padre.

—¡Ah! ¡si supiera Vd. cuanto la amo!...

—¡Caprichos del momento, señor Marqués! Vd. no puede amarme, porque soy una pobre, ni yo puedo amar á usted porque es un caballero.

—¡Y eso qué importa! el amor iguala las condiciones.

—Pero no iguala las clases; por lo tanto suplico á Vd. que si su idea es divertirse turbando la tranquilidad que disfruto en la humilde casa de mis padres, tenga la bondad de no volver á visitarnos, porque serán inútiles todas sus tentativas.

—¿Completamente?... ¿No me dará Vd. ni una esperanza?

—Ninguna.

—Mírelo Vd. bien; yo la ofrezco con mi amor riquezas sin cuento; sus padres tendrán asegurada su vejez, y vivirán Vds. en Madrid en una espléndida casa llena de comodidades, con criados mil que adivinen sus menores pensamientos.

—Si yo soy dichosa en esta casa y en estos campos, ¿para qué necesito de todo eso? contestó María, cuya alma, recta y severa, se iba indignando con las proposiciones del Marqués.

—Reflexione Vd. que su padre es muy viejo, que ya no puede trabajar, y que si conserva su destino es solamente por la consideración del Duque.

Esta idea hizo bajar la cabeza á María; se mostró un momento abatida, pero no indecisa, porque sacudiendo con soberano desprecio su hermosa cabellera, exclamó:

—¡Nunca!...

El Marqués la miró atónito; aquellos ojos, aquel rostro de facciones finas y delicadas, aquel aire de dignidad y de nobleza, le parecían estraños en una campesina; sus modales no eran los estudiados ademanes de la coqueta, sino la natural distinción del que ha nacido en buena cuna.

Aquel nunca, pronunciado con una energía sublime le

reveló la entereza y la dignidad de su alma, que aun con la perspectiva de una miseria inminente no se doblegaba ante su seducción, ni aceptaba las riquezas y el bienestar que la ofrecían.

—Cuando su padre no trabaje, ¿qué será de Vd.? insistió el Marqués.

—¡Dios nos amparará!... dijo María con énfasis, retirando bruscamente por segunda vez la mano que pretendía asir el joven.

—Prepara un par de vasos; viene calentita, echando espuma, ¿esto si que no lo tendrán Vds. en Madrid!... exclamó Macrina presentándose con la jarra llena de espumante y sabrosa leche.

María, dejando la costura en el cesto, se levantó; fué á la sala, y volvió con dos vasos de cristal en una bandeja.

—Seguramente, señora, que no encontraré en la corte, ni en ninguna parte lo que hallo aquí; suspiró el Marqués con abatimiento.

María, tomando la jarra de manos de su madre, llenó los vasos, y se los presentó.

—¡Ah! no se moleste Vd., dijo el Marqués aproximándose á tomar la bandeja porque la mano de María temblaba, y sin este auxilio se le hubiera caído al suelo.

La miró con expresión de profundo cariño, y vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Si Vd. quiere iré á Tórtola en un instante á traer unos bizcochos, dijo Macrina.

—Con mucho gusto, contestó el Marqués, que deseaba quedarse solo con María. Ésta le dirigió una mirada ansiosa.

—¡Oh! se enfriará la leche, dijo, y además está lejos.

—Quíá... en dos minutos estoy aquí; ya verás, y diciendo esto Macrina se puso el pañuelo en la cabeza y echó á correr con la escasa ligereza que le permitían sus piernas de cincuenta abriles.

María, en igual de permanecer en la casa, se salió á la puerta y se sentó en el poyo. El Marqués fué á ocupar un asiento á su lado.

—Siento mucho, caballero, que haya Vd. buscado ese pretexto de alejar á mi madre con objeto, sin duda, de continuar una conversacion que me desagrada, y le prevengo á Vd. que toda insistencia me será enojosa.

—¡Ah! ¡por piedad! escúcheme y no tema nada de mí; crea Vd. que la amo tanto como la respeto, y si mi presencia la incomoda me marcharé.

Estas palabras humildes, que nacían verdaderamente de un sentimiento de respeto, conmovieron á la joven, y mucho mas el acento dulce y tierno con que fueron pronunciadas.

—Pero reflexione Vd. que me hace sufrir, y que me hará perder, si insiste en sus visitas, el aprecio de estas buenas gentes de Tórtola, que hoy me estiman mucho, porque me creen honesta y virtuosa, y aunque yo siempre lo sea, su insistencia me desconcentuará sin duda alguna.

—¿Es decir, que desea Vd. que me marche?

—Francamente, se lo rogaría si no lo llevase á mal; repuso la joven con los ojos bajos y deshilando con impaciencia las cintas de su delantal.

De repente apareció Manolo por detrás de la casa, exclamando con acento jubiloso:

—María, ¡mi querida María! he visto á tu madre diri-

jirse al pueblo, y vengo á traerte este cordero blanco; ¡mira qué hermoso!...

Se detuvo sorprendido al ver que no estaba sola, y medio confuso se quedó, sin saber si adelantar ó retroceder.

—Continúe Vd., continúe Vd. su ofrecimiento, dijo el Marqués levantándose.

—Creí que estaba sola María... balbuceó.

—¿Es Vd. su novio?

—¡Ay! si ella quisiera, crea Vd. que me alegraría mucho ser su marido; dijo el mancebo, acercándose ya con menos timidez y presentando á la joven un cordero blanco como la nieve. Ella sin decir palabra le puso en su falda y le acarició maquinalmente.

El Marqués debió sentir en su alma el agudo dardo de los celos, porque se puso densamente pálido, y miró á la joven con profunda ansiedad.

—Mira, Manolo, dijo ésta; mi padre no viene, y este caballero le aguardaba para que le acompañase á Guadalajara, porque se ha extraviado en el monte y no sabe el camino.

¿Quieres tú ir?

—Con el alma y la vida; eso y mucho mas que tú me mandes, repuso el labrador, que deseaba encontrar ocasiones en que poder complacer á la mujer que amaba.

—¡Oh! me bastará con que me indique el camino, murmuró el Marqués comprendiendo que le despedían, y que no valían de nada su posición y sus riquezas para rendir aquella fortaleza inexpugnable.

—Buenas tardes, señor Marqués, dijo ella, no importa que llegue hasta Guadalajara; es casi de noche y pudiera suceder á Vd. alguna desgracia si se extraviase de nuevo.

—Muchas gracias... María, hágame Vd. el favor de decir á su padre que le aguardo mañana, tengo que hablarle.

—Está bien, señor, no faltará!

El Marqués montó en el caballo, que ya Manolo le tenía del diestro, y despidiéndose de María con una mirada de supremo dolor, se dirigió hácia el olivar para internarse en el camino, llevando en el corazón una espina muy punzadora, la de los celos.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

LA VIRGEN DEL AMPARO.

Brama el mar con sordo acento,

Huye gimiendo la brisa,

Y escóndese la gaviota

Lanzando quejas fatídicas,

Que al retumbar pavoroso

Del trueno en el alma vibran.

Veloz las rugientes olas

Hiende una débil barquilla;

Va en ella el joven Rodrigo

Con su adorada María,

Cuál por el piélago inmenso

De las pasiones camina

En alas de la esperanza
 El alma pura y tranquila.
 Arde en los ojos del jóven
 Intensa llama divina.
 ¿Es el génio de los mares,
 Que ante su poder se humillan,
 Ó es un arcángel que Dios
 Su saña á aplacar envía?
 —En los brazos de su amada,
 En celestiales delicias,
 Va del Amparo á la Virgen
 Implorando con fé viva.
 La de los ojos azules,
 La pura y cándida niña
 Le enlaza en sus trenzas de oro,
 Y orando tiembla y suspira;
 Y murmura en triste acento:
 —¡Oh, Dios! ¡Oh Virgen bendita,
 Escuchad nuestra plegaria,
 Guiad la débil barquilla.
 Y al empuje sobrehumano
 El duro remo rechina,
 Y salva abismos profundos
 Audaz, y relucha, y gira.
 —¡Gracias, Dios piadoso, gracias,
 Ya miran la ansiada orilla;
 Ya llegan ¡ay! ¡no! una ola,
 Que al mismo cielo conmina,
 Con horrisono fragor
 Sobre ellos se precipita.
 —¡Virgen santa del Amparo,
 Favor! —¡Rodrigo! —¡María!

En un purísimo cielo
 El iris de calma brilla,
 Cual brilla el pudor del alma
 En el cielo de la vida.
 ¿Qué fué de los dos amantes?
 De Dios la Madre Santísima
 Tendió su manto amorosa
 Y los trasportó á la orilla.
 Y el implacable Océano
 A sus riberas envía
 De naufragio tristes restos,
 Un lienzo y leves astillas,
 Porque á los náufragos muestren
 Que allí sus frentes humillan,
 Derramando ardientes lágrimas
 De gratitud infinita,
 Todo el poder de la Virgen
 Que el puro amor patrocina,
 Cuanta dicha alcanzarán
 Los que imploran á María.

LUCIANO GARCIA DEL REAL.

UN CONCIERTO AL AMANECER.

Hace algunos años pasé una temporada en la quinta de un pariente mio; las ventanas de mi dormitorio daban á un cercado lleno de frutales y árboles de sombra, de modo que me hallaba en relaciones de vecindad con varias familias de cantores, y aunque no reconozco en mí el vicio de ser fisgona, mitad por simpatía, mitad por sobra de ociosidad y falta de sueño, dí en la costumbre de fisgar lo que hacían mis alados vecinos, los pájaros, y antes de que se despertaran ellos, ya estaba yo vestida y asomada al antepecho de la ventana con vivos deseos de oír el concierto matinal, concierto que se verificaba siempre al aire libre.

Antes de que se tiñera el cielo de arrebolados celajes, antes que un albor amarillento señalara en el horizonte la proximidad del alba, cuando todavía relumbraban las estrellas, oíase hácia la parte del corral un ruido sordo, en breve le seguían unos sonidos guturales y cada vez mas acentuados, hasta que por último remataban en unas notas agudas, fuertes y penetrantes; notas que llevadas por el viento iban á despertar á los dormidos ecos del valle y la próxima montaña.

Era el gallo de la quinta que, subido en lo mas alto de la tapia, sacudia las alas, brincando y haciendo mil piruetas y gorgoritos, en tanto que las adormiladas gallinas escuchaban desde su percha el famoso quiquiriquí, esperezándose como los soldados al oír el toque de diana, y mirando á su dueño y señor con el respeto que guardan las odaliscas en presencia del Gran Turco.

El canto del gallo ahuyentó á un mochuelo que traidora y silenciosamente andaba rondando el nido de un pobre gorrión, quizá con el intento de hacerle alguna fechoría. El pobre animalito veíase amenazado en el viento, y sobre la tierra tambien una pícara comadreja le tenia, como suele decirse, echado el ojo, y andaba viendo si podía encaramarse al nido, y desayunarse á costa del inocente pajarillo, que oculto bajo el follaje, ni chistaba, ni movía una sola pluma. Si su inmovilidad y silencio eran efecto de la prudencia, del terror ó del sueño, eso no pude averiguarlo, lo que sí puedo asegurar es que mi gorrión saltaba de gozo en cuanto vió la luz del día. ¡Qué triste! ¡Qué larga es la noche para el que la pasa cercado de peligros!!

Después del gallo, el primero que sacudió sus alas fué un mirlo negro y lustrosito, que dormía sobre la rama del arce mas próximo á mi ventana. Levantó la cabeza, engalló la garganta, y atildóse las plumas, aguzó su pico restregándole repetidas veces contra el leño, y de saltito en saltito fué subiendo á lo mas alto del árbol; desde allí dirigió al valle (á la sazón envuelto entre los pliegues de la neblina) una mirada escrutadora, y hubiérase dicho que le asombraba el que durmiesen las demás aves cuando ya una faja de oro ceñía la cresta de las montañas. Entonces lanzó un prolongado y armonioso silbo, como para llamar á sus compañeros y decirles: «¡Ea! camaradas, ya es hora de levantarse y dar gracias á Dios porque nos envía la luz, el calor y el gozo de un nuevo día.»

Y en efecto, un nuevo día se alzaba en el Oriente, y to-

do comenzaba de nuevo á dar señales de vida; las ovejas balaban en sus rediles; oíanse los ladridos del perro que las custodiaba; los bueyes en el establo hacían sonar sus cencerros, y las vacas sus campanillas de metal. Las palomas se daban los buenos días repitiendo su amoroso arrullo, y de las rústicas chimeneas comenzaban á desprenderse aéreas columnas de humo blanquecino.

Entretanto, al aviso del sonoro mirlo, habían acudido millares de artistas dispuestos á lucir su habilidad en el canto. ¡Entonces era cuando yo estaba en mis glorias!... ¡Qué gran cosa es dormir en paz y despertar alegre como los pájaros y los niños, para bendecir al Dios de las alturas y admirar las maravillas que su mano ha esparcido sobre la tierra!

¡Oh, cuánto gozaba yo escuchando aquel concierto tan alegre, tan animado, en el que ningún artista buscaba los aplausos del público, ni se hacía de rogar para lucir sus dotes musicales! Hasta el ruiseñor cantaba *sans façon et sans compliment*, y eso que puede dar lecciones á los maestros italianos, y á cuantos cantantes andan por el mundo.

¿Pues y el mirlo, y la calandria, y el tordo, y el jilguero? ¡Qué voces aquellas!... Con razón entusiasmaban al canario, que desde su jaula se deshacía en quiebros y gorritos, como para decirles (como el otro): *Anch'io, sono artista*.

Con menos destreza, pero no con menos alegría, cantaban allí otras aves, como los reyezuelos, los verderones, las curruacas, las oropéndolas, los avejarucos, los chimbos, las golondrinas, y hasta los gorriónes, que formaban una gran parte del coro general.

Decir la perfección con que los pájaros ejecutan sus piezas concertantes, sus árias y floreos, no es cosa fácil, pero sí lo es el madrugar cuando ya los almendros del Retiro se han coronado de flores, cuando se abren á millares los capullos, y la brisa está impregnada de suaves aromas. Entonces, amables lectoras mías, sacudid la pereza; id, id á sentaros á la sombra de aquellos bosques, y sabreis lo que vale *Un concierto al amanecer*.

MICAELA DE SILVA.

MODAS.

Esplicacion del Figurin, núm. 846 bis.

Núm. 1. *Cofia* para casa, de guipure, con fondo caído y ala que avanza en pico sobre la frente y desciende en bridas: sobre la cofia va colocado un círculo de encaje adornado de terciopelos morados, y escarapelas del mismo.

Núm. 2. *Cofia* de muselina de un solo fondo circular, adornado de entredoses de encaje y lazadas de cinta azul: un encaje ancho y fruncido la guarnece.

Núm. 3. *Cofia* para recibir, toda de guipure con bridas de lo mismo, en pico por delante y cuadrada por detrás, orillada de encaje y adornada en cada pico de una escarapela de cinta estrecha color de grana.

Núm. 4. *Peplum* de muselina moteada, con escote cuadrado y aberturas en los costados. Esta prenda, destinada á recibir en casa, va guarnecida de un biés de seda, color de lila, orillado de una guipure blanca, bordada de cristal. Manga larga con igual adorno y camiseta alta plegada. El traje puede ser blanco también ó de seda claro.

Núm. 5. *Cuerpo* de muselina, semi-escotado, fruncido del talle, y adornado de berta cortada á picos, y orillada de entredos de guipure: manga corta de bullon con adorno igual.

Núm. 6. *Cuerpo* escotado y plegado de muselina, adornado en el escote por un biés de color azul, cubierto de entredos y orillado por puntillas de guipure. Manga corta con igual adorno.

Núm. 7. *Juego* de cuello y manga de guipure.

Núm. 9. *Idem* de muselina con grandes vueltas de picos bordadas y orilladas de valenciennes.

Núm. 9. *Cuerpo* alto de muselina bullonado, y separados los bullones por terciopelitos verdes. Completa este cuerpo una esclavina corta, de pico por delante y por detrás, terminada por un ancho entredos, orillado por sus correspondientes terciopelos y puntilla al borde.

Esplicacion del Grabado de Modas.

Vestido de fondo gris hierro, brocado de un tono mas oscuro, y adornado de cinta de terciopelo: *paletot* holgado con pico por delante y por detrás, de paño astrakan, gris plata. El cuello, vueltas y bolsillos, son de terciopelo negro, bordado con seda blanca y cuentas de azabache, adorno de gran novedad. *Sombrero* de terciopelo negro, orillado de fleco de azabache.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.